

dad lo que el conquistador veía, sino la obra de la *carta*: él había dejado la Francia muda y prosternada, y ahora la encontraba hablando y en pie: en la candidez de su ánimo absoluto, tomaba la libertad por el desorden.

Y sin embargo, Bonaparte se vió obligado á capitular con las ideas que no pudo vencer de repente. A falta de popularidad real, obreros pagados á cuarenta sueldos por cabeza se presentan despues de su jornada en el Carrousel, y gritan *viva el emperador!* Las proclamas anuncian al principio una maravilla de perdon, los individuos son declarados libres, la nacion libre, la prensa libre, y solo se quiere la paz, la independencia y la felicidad del pueblo; todo el sistema imperial ha cambiado, y la edad de oro va á renacer. A fin de hacer la práctica conforme á las teorías, se parte la Francia en siete grandes divisiones de policía, y los siete lugar-tenientes son investidos de los mismos poderes que tenían los directores generales en tiempo del Consulado y del Imperio. Sabido es lo que fueron en Lyon, en Burdeos, en Milan, en Florencia, en Lisboa, en Hamburgo y Amsterdam estos protectores de la libertad individual. Y superiores á estos lugar-tenientes, Bonaparte eleva en una gerarquía cada vez mas favorable á la libertad comisarios extraordinarios, á la manera de los representantes del pueblo en tiempo de la Convencion.

La policía que dirige Fouché manifiesta al mundo por proclamas solemnes que solo va á servir para extender la filosofía, y que ya no obrará sino conforme á principios de virtud.

Bonaparte restablece por un decreto la guardia nacional del reino, cuyo nombre solo le causaba en otro tiempo vértigos. Vese obligado á anular el divorcio pronunciado en tiempo del Imperio entre el despotismo y la demagogia, y á favorecer su nueva alianza: de este himeneo debe nacer en el campo de mayo una libertad con el gorro encarnado en la cabeza, el sable del mameluco en la cintura y el hacha revolucionaria en la mano: libertad rodeada de las sombras de aquellos millares de víctimas sacrificadas en los cadalsos ó en los campos ardientes de la España y en los desiertos helados de la Rusia. Antes del triunfo, los mamelucos son jacobinos, y despues del triunfo los jacobinos volverán á convertirse en mamelucos.

Bien hubiera querido Bonaparte reunir en sí solo la autoridad; pero esto no le era posible, pues encontraba hombres dispuestos á disputársela: en primer lugar los republicanos de buena fe, libres de las cadenas del despotismo y de las leyes de la monarquía, deseaban conservar una independencia que tal vez no será sino un noble error; y en seguida los furiosos de la antigua facción de la montaña, humillados de no haber sido bajo el imperio mas que espías de la policía de un déspota, parecían resueltos á tomar, por su propia cuenta, esa libertad de hacerlo todo, cuyo privilegio habian cedido á un señor por espacio de quince años.

Pero ni los republicanos, ni los revolucionarios, ni los satélites de Bonaparte eran bastante fuertes para restablecer su poder, separados, ó para subyugarse mutuamente. Amenazados de una invasion en lo exterior, perseguidos en lo interior por la opinion pública, comprendieron que si se dividían estaban perdidos, y á fin de escapar del peligro, aplazaron su querrela: los unos llevaban á la defensa comun sus sistemas y sus quimeras; los otros su terror y su perversidad. Nadie estaba de buena fe en este pacto, y todos, pasada la crisis, se prometían resolverla en su provecho, y todos procuraban de antemano asegurarse el resultado de la victoria. En esta horrible treinta y una llevaban la banca tres enormes jugadores, la libertad, la anarquía y el despotismo, los cuales se esforzaban en ganar una partida perdida por todos.

Habíanse formado sociedades en los distritos, y las federaciones se organizaban bajo rigurosos juramentos en la Bretaña, el Anjou, el Lyonés y la Borgoña, oyéndose cantar por todas partes la *Marsellesa* y la *Carmañola*. Un club establecido en París estaba en correspondencia con los otros clubs de las provincias, y se anunciaba la resurreccion del *Diario de los patriotas*. Mas por esta parte, ¿qué confianza podían inspirar los resucitados de 1793? ¿No se sabía cómo explicaban ellos la libertad, la igualdad, los derechos del hombre? ¿Eran mas sinceros, mas morales, mas prudentes, despues que antes de sus enormidades? ¿Era porque estaban manchados con todos los vicios, por lo que se habian hecho capaces de todas las virtudes? No se abdicaba el crimen tan fácilmente como una corona, y la frente ceñida por la horrible venda conserva siempre indelebles señales.

La idea de hacer bajar á un ambicioso de genio del rango de emperador á la condicion de generalísimo ó de presidente de la república, era una quimera: el gorro colorado con que se cubria la cabeza de sus bustos durante los Cien-Días, solo hubiera anunciado á Bonaparte la reconquista de la diadema, si fuera dado á esos atletas que recorren el mundo andar dos veces la misma carrera.

Entre tanto los liberales escogidos se prometían la victoria: hombres descarriados como Benjamin Constant, cándidos como Mr. Sismonde-Sismondi, hablaban de colocar al príncipe de Canino en el ministerio de lo Interior, al teniente general conde Carnot en el de la Guerra, y al conde Merlin en el de Justicia. Vencido en apariencia, no se opone Bonaparte á movimientos democráticos, que, en último resultado, suministraban conscriptos á su ejército; dejábase atacar en los folletos, y las caricaturas repetían *ista de Elba*, como los papagayos gritaban á Luis XI *Peronne*. Predicábanle, tuteándole, la libertad y la igualdad, y él escuchaba estas insinuaciones con aire de compuncion. De pronto, rompiendo los lazos con que habian pretendido envolverle, proclama de su propia autoridad, no una constitucion plebeya, sino una constitucion aristocrática, un *acta adicional* á las constituciones del imperio.

La soñada república se convierte por este diestro escamoteaje en el antiguo gobierno imperial, rejuvenecido con el feudalismo. El *acta adicional* quita á Bonaparte el partido republicano, y hace descontentos en casi todos los otros. La licencia reina en París; la anarquía en las provincias; las autoridades civiles y militares se combaten; aquí se amenaza quemar los palacios y degollar los sacerdotes, y allí se enarbola la bandera blanca gritando *viva el rey!* Viéndose atacado, retrocede Bonaparte y retira á sus comisarios extraordinarios el nombramiento de corregidores de los municipios, y devuelve este nombramiento al pueblo. Asustado de la multiplicidad de votos negativos contra el *acta adicional*, abandona su dictadura de hecho, y convoca la cámara de los Representantes en virtud de ese acta que aun no está aceptada. Errante de escollo en escollo, apenas libre de un peligro, choca contra otro: soberano de un día, ¿cómo instituir unos pares hereditarios que el espíritu de igualdad rechaza? ¿cómo gobernar las dos cámaras? ¿Cuáles serán las relaciones de estas con la asamblea proyectada del campo de mayo, la cual no tiene ya verdadero objeto, puesto que el acta adicional se pone en ejecucion antes de ser contados los sufragios? ¿Esta asamblea, compuesta de treinta mil electores, no se creará la representacion nacional?

Este campo de mayo, tan pomposamente anunciado y celebrado el 4.º de junio, se redujo á un simple desfile de tropas, y á una distribucion de banderas ante un altar despreciado. Napoleón rodeado de sus hermanos, de los dignatarios del imperio, de los mariscales, de los cuerpos civiles y judiciales, proclamó la sobe-

rania del pueblo, en la cual no creía. Los ciudadanos se habian figurado que fabricarían ellos mismos una constitucion en este día solemne, y los pacíficos vecinos esperaban que allí se declararía la abdicacion de Napoleón en favor de su hijo, abdicacion urdida en Basilea, entre los agentes de Fouché y del príncipe de Metternich; pero no hubo nada, y el *acta adicional* se presentaba como un homenaje á la legitimidad, pues con leves diferencias, y sobre todo menos la *abolicion de la confiscacion*: era la Carta.

CONTINUACION DE LOS CIEN-DÍAS EN PARÍS.—CUIDADOS Y AMARGURAS DE BONAPARTE.

Estos cambios súbitos; esta confusion de todas las cosas, anunciaban la agonía del despotismo. Sin embargo, el emperador no podía recibir de adentro el golpe mortal, porque el poder que le combate está tan extenuado, como él: el gigante revolucionario, que en otro tiempo echó Napoleón por tierra, no ha recobrado su energia nativa, y los dos colosos se dan ahora inútiles golpes: ya no es mas que la lucha de dos sombras.

A estas imposibilidades generales se unen para Bonaparte tribulaciones domésticas y disgustos de palacio: anunciaba á la Francia la vuelta de la emperatriz y del rey de Roma, y ni el uno ni la otra volvían. A propósito de la reina de Holanda, convertida en duquesa de Saint-Leu, decía: — «Cuando se han aceptado las prosperidades de una familia, es preciso abrazar tambien las adversidades.» José, de vuelta de Suiza, no le pedía mas que dinero; Luciano le inquietaba por sus alianzas liberales, y Murat, conjurado al principio contra su cuñado, se habia dado demasiada prisa, al volver á él, en atacar á los austriacos: despojado del reino de Nápoles, y fugitivo de mal agüero, esperaba cerca de Marsella la catástrofe que os contaré mas tarde.

¿Y podía fiarse el emperador de sus antiguos partidarios y de sus pretendidos amigos? ¿No le habian indignamente abandonado en el momento de su caída? Este Senado que se arrastraba á sus pies, ¿no habia decretado la destitucion de su bienhechor? Podía creer á estos hombres cuando llegaban á decirle: — «El interés de la Francia es inseparable del nuestro. Si la fortuna, señor, engaña á vuestros esfuerzos, ¿los reveses no debilitarían nuestra perseverancia, y redoblarían nuestra adhesion hácia vos?» ¿Vuestra perseverancia, vuestra adhesion redoblada por el infortunio! Esto decíais el 11 de junio de 1815: ¿qué habíais dicho el 9 de abril de 1814? ¿Qué direis algunas semanas despues, el 19 de julio de 1815?

El ministro de la Policía imperial tenia correspondencias con Gante, Viena y Basilea: los mariscales á quienes Bonaparte se veía en la necesidad de dar el mando de sus soldados habian prestado poco antes juramento á Luis XVIII, y habian publicado contra Bonaparte las proclamas mas violentas. Verdad es que desde este momento habian vuelto al partido de su sultan; ¿pero si este hubiera sido detenido en Grenoble, qué habrían hecho? ¿Basta romper un juramento para devolver toda su fuerza á otro juramento violado? ¿Dos perjuros equivalen á la fidelidad?

Algunos días mas, y estos asistentes al campo de Mayo presentarían su adhesion á Luis XVIII en los salones de las Tullerías, y se acercarán á la santa mesa del dios de paz para hacerse nombrar ministros en los banquetes de la guerra: heraldos de armas y agitadores de insignias reales en la consagracion de Bonaparte, desempeñarán las mismas funciones en la consagracion de Carlos X; y despues comisarios de otro poder llevarán este rey prisionero á Cherbourg; encontrando apenas un rincón libre en su conciencia para colocar en él su nuevo juramento. Duro es nacer en las épocas de improbidad, en estos días en que dos

hombres que hablan juntos se estudian en la manera de hablar, por miedo de ofenderse ó ruborizarse mutuamente.

Los que no habian podido adherirse á Napoleón por su gloria, ni por reconocimiento al bienhechor del cual habian recibido sus riquezas, sus honores, y hasta sus nombres, ¿se inmolarían ahora á sus indignas esperanzas? ¿Se encadenarían á una fortuna precaria los ingratos á quienes no fijó una fortuna consolidada por triunfos inauditos y por una posesion de diez y seis años de victorias? Tantas chrysalidas que entre dos primaveras se habian despojado y revestido de la piel del legitimista y del revolucionario, del napoleonista y del borbonista; tantas palabras dadas y falseadas; tantas cruces pasadas del pecho del caballero á la cola del caballo; tantos pro-hombres cambiando de bandera y sembrando la liza con sus prendas de fe mentada; tantas nobles damas sucesivamente camaristas de María Luisa y de María Carolina, no debían dejar en el fondo del alma de Napoleón mas que desconfianza, horror y desprecio: este grande hombre envejecido estaba solo en medio de todos estos traidores, hombres de suerte, sobre una tierra vacilante, bajo un cielo enemigo, enfrente de su destino consumado y del juicio de Dios.

RESOLUCION DE VIENA.—MOVIMIENTO EN PARÍS.

Napoleón no habia encontrado mas lealtad que en los fantasmas de su gloria pasada que le escoltaban, como ya os he dicho, desde el lugar de su desembarque hasta la capital de la Francia. Pero las águilas, que habian volado de *campanario en campanario* de Cannes á París, se posaron cansadas sobre las chimeneas de las Tullerías sin poder ir mas lejos.

Napoleón no se precipita con las poblaciones conmovidas sobre la Bélgica antes que se reuniera en este país un ejército anglo-prusiano, sino que se detiene é intenta negociar con la Europa y mantener humildemente los tratados de la legitimidad. El congreso de Viena opone al duque de Vicenza la abdicacion de 11 de abril de 1814, abdicacion por la cual Bonaparte reconocía que él era el único obstáculo al restablecimiento de la paz en Europa, y en consecuencia renunciaba para sí y sus herederos á los tronos de Francia y de Italia; y puesto que vuelve á restablecer su poder, viola manifiestamente el tratado de París, y se coloca en la situación política anterior al 31 de marzo de 1814; luego Bonaparte es quien declara la guerra á la Europa, y no la Europa á Bonaparte. Estas argucias lógicas de procuradores diplomáticos, como ya he advertido á propósito de la carta de Mr. de Talleyrand, valían lo que podían antes del combate.

La noticia del arribo de Bonaparte á Cannes habia llegado á Viena el 3 de marzo, en una fiesta en que se representaba la asamblea de las divinidades del Olimpo y del Parnaso. Alejandro acababa de recibir el proyecto de alianza entre la Francia, el Austria y la Inglaterra, y vacilando un momento entre las dos noticias, dijo despues: — «Aquí no se trata de mí, sino de la salvacion del mundo.» Y una estafeta lleva á San Petersburgo la orden para que se ponga en marcha la guardia. Los ejércitos que se retiraban se detienen, y ochocientos mil enemigos vuelven el rostro hácia la Francia. Bonaparte se prepara á la guerra, y es esperado en nuevos campos cataláunicos. Dios lo ha aplazado para la batalla que debe poner fin al reinado de las batallas.

El calor de las alas de la fama de Marengo y Austerlitz habia bastado para hacer nacer ejércitos en esta Francia, que no es mas que un gran nido de soldados. Bonaparte habia devuelto á sus legiones sus sobrenombres de *invencible, terrible, incomparable*: siete ejércitos volvían á tomar el título de ejército de

los Pirineos, de los Alpes, del Jura, del Mosella y del Rin, grandes recuerdos que servían de cuadro á tropas supuestas y á triunfos en esperanza. Un verdadero ejército estaba reunido en París y en Laon; ciento cincuenta baterías, diez mil soldados escogidos, diez y ocho mil marinos ilustrados en Lutzen y en Bautzen, treinta mil veteranos, oficiales y sargentos de guarnición en las plazas fuertes; siete departamentos del Norte dispuestos á levantarse en masa; ciento ochenta mil hombres de la guardia nacional movilizada; cuerpos francos en la Lorena, la Alsacia y el Franco-Condado; los confederados ofreciendo sus picas y sus brazos, y París fabricando tres mil fusiles diarios, tales eran los recursos del emperador. Tal vez habría trastornado el mundo otra vez si hubiera podido resolverse á llamar las naciones extranjeras á la independencia, dando la libertad á la patria. El momento era propicio: los reyes que prometieron á sus súbditos gobiernos constitucionales, acababan de faltar vergonzosamente á su palabra; pero la libertad era antipática á Napoleon desde que había bebido en la copa del poder, y quería mas ser vencido con soldados que vencer con el pueblo. Los cuerpos de ejército que hizo sucesivamente marchar hácia los Países-Bajos ascendían á setenta mil hombres.

LO QUE HACIAMOS EN GANTE. — MR. DE BLACAS.

Nosotros los emigrados estábamos en la ciudad de Carlos V, como las mujeres de esta ciudad, sentadas detrás de sus celosías, veían en un espejo inclinado los soldados que pasaban por la calle. Luis XVIII estaba allí en un rincón completamente olvidado, y apenas recibía de vez en cuando un billete del príncipe de Talleyrand, algunas líneas del cuerpo diplomático, residentes cerca del duque de Wellington en calidad de comisarios, y á Mr. Pozzo di Borgo, Vincent y otros. Un hombre extraño á la política jamás hubiese creído que un impotente oculto á orillas del Lys sería puesto sobre el trono por el choque de millares de soldados dispuestos á degollarse; soldados de quienes no era el rey ni el general, que no pensaban en él, que no conocían su nombre ni su existencia. De dos puntos tan próximos, Gante y Waterloo, jamás el uno pareció tan oscuro, ni el otro tan brillante: la legitimidad yacía en un almacén como un carruaje destrozado.

Nosotros sabíamos que las tropas de Bonaparte se acercaban, y solo teníamos para defendernos nuestras dos pequeñas compañías á las órdenes del duque de Berry, príncipe cuya sangre no podía servirnos, porque ya estaba reclamada en otra parte. Mil caballos destacados del ejército francés nos habrían copado en algunas horas. Las fortificaciones de Gante estaban demolidas, y el recinto habría sido tanto mas fácilmente forzado, cuanto que la población belga no nos era favorable. La escena de que había sido testigo se renovó, y se preparaban secretamente los carruajes de S. M. Monsieur salió para Bruselas encargado de vigilar de mas cerca los movimientos.

Mr. de Blacas se había vuelto cuidadoso y triste, y yo, pobre hombre, le solazaba. En Viena no le era nadie favorable, Mr. de Talleyrand se burlaba de él, y los realistas le acusaban de ser la causa de la vuelta de Napoleon. Yo era su único apoyo, y encontrándolo con bastante frecuencia en el mercado de los caballos donde *trotaba* solo, me enganchaba á su lado, y me confortaba á su triste pensamiento. Este hombre, á quien he defendido en Gante y en Inglaterra, á quien defendí en Francia despues de los Cien-Días y hasta en el prefacio de la *monarquía según la carta*, este hombre me ha sido siempre contrario: esto no sería nada si no hubiese sido un mal para la monarquía. Yo no me arrepiento de mi candidez pasada, pero debo

anotar en estas *memorias* las sorpresas hechas á mi juicio y á mi buen corazón.

BATALLA DE WATERLOO.

El 18 de junio de 1815, á medio día, salí de Gante por la puerta de Bruselas, para terminar mi paseo por el camino real. Había llevado los *Comentarios de César*, y caminaba lentamente, absorto en mi lectura, cuando una legua mas allá de la ciudad creí oír un ruido sordo; me detuve, y miré al cielo, bastante cargado de nubes, deliberando en mí mismo si continuaria adelante ó si me acercaría á Gante, por temor de la tempestad. Apliqué el oído; mas como ya solo distinguí el ruido del agua entre los juncos y el sonido de un reloj de aldea, proseguí mi camino; pero aun no había dado treinta pasos, cuando comenzó de nuevo el rumor, unas veces breve, otras largo y á intervalos desiguales, y otras solo sensible por una trepidación del aire que se comunicaba á la tierra en aquellas inmensas llanuras. Estas detonaciones menos vastas, menos onduladas y unidas que las del rayo, hicieron nacer en mi ánimo la idea del combate. Atravesé el camino, me apoyé de pié contra el tronco de un árbol, volviendo el rostro hácia Bruselas, y un viento Sur que se levantó de pronto me trajo mas distintamente el rumor de la artillería. ¡Esta gran batalla, todavía sin nombre, cuyos ecos escuchaba yo al pié de un pino, y cuyos funerales desconocidos acababa de tocar un reloj de aldea, era la batalla de Waterloo!

Oyente silencioso y solitario de la formidable sentencia de los destinos, me habría conmovido menos si me hubiese encontrado en el combate: el peligro, el fuego, la barahunda de la muerte no me hubieran dejado tiempo para meditar; pero solo debajo de un árbol, en la campiña de Gante, como el pastor de los rebaños que pacían alrededor de mí, me anonadaba el peso de las reflexiones. ¿Qué combate era ese? ¿Era definitivo? ¿Napoleon estaba en él en persona? ¿El mundo, como la túnica de Cristo, era echado á la suerte? Triunfo ó derrota del uno ó del otro ejército, ¿cuál sería la consecuencia de aquel acontecimiento para los pueblos, la libertad ó la esclavitud? Pero ¿qué sangre corría? Cada rumor que llegaba á mis oídos, ¿no era el último suspiro de un francés? ¿Era aquello un nuevo Crecy, un nuevo Poitiers, un nuevo Azincourt, de que iban á regocijarse los implacables enemigos de la Francia? Si triunfaban, ¿no era perdida nuestra gloria? Si Napoleon vencía, ¿qué era de nuestra libertad? Aunque el triunfo de Napoleon me abría un destierro eterno, mi corazón estaba en este momento por el opresor de la Francia, si debía, salvando nuestro honor, arrancarnos á la dominación extranjera.

¿Triunfaba Wellington? ¿La legitimidad volvería á entrar en París detrás de aquellos uniformes rojos que venían de retenerse en sangre de franceses! ¿La monarquía tendría por carroza de su consagración las parihuelas de los hospitales llenas de nuestros granaderos mutilados! ¿Qué será una restauración llevada á cabo bajo tales auspicios? Esta era una parte muy pepueña de las ideas que me atormentaban; cada cañonazo me causaba un sacudimiento y redoblaba los latidos de mi corazón. A algunas leguas de una catástrofe inmensa, yo no la veía: yo no podía tocar el vasto monumento fúnebre creciente de minuto en minuto en Waterloo, como desde la ribera de Boulogne á orillas del Nilo, extendía vanamente mis manos hácia las pirámides.

Ningun viajero aparecía, y algunas mujeres que sembraban pacíficamente sus legumbres no parecían oír el ruido que yo escuchaba. De pronto aparece un correo, y dejando el pié de mi árbol, me coloco en medio de la calzada, le detengo, y le interrogo. El

correo, que pertenecía al duque de Berry y venía de Alost, me dijo: — «Bonaparte ha entrado ayer (17 de junio) en Bruselas, despues de un combate sangriento. La batalla ha debido empezar hoy de nuevo (18 de junio). Se cree en la derrota definitiva de los aliados, y se ha dado la orden de retirada.»

El correo continuó su camino.

Yo lo seguí corriendo, y fui adelantado por el carruaje de un comerciante que huía en posta con su familia y que me confirmó la relación del correo.

CONFUSION EN GANTE.—CUAL FUE LA BATALLA DE WATERLOO.

Todo era confusión cuando entré en Gante: las puertas se cerraban, dejando solo entreabiertos los postigos, y los vecinos, mal armados, y algunos soldados, daban la guardia en ellas. En seguida fui á ver al rey.

Monsieur acababa de llegar por un camino de rodeo, habiendo salido de Bruselas á la falsa noticia de que Bonaparte iba á entrar en la ciudad, y que una primera batalla perdida no dejaba la menor esperanza de ganar la segunda. Contábase que no habiendo estado en línea los prusianos, los ingleses habían sido destruidos.

Con tales noticias, el *sálvese quien pueda* se hizo general: los que tenían algunos recursos se marcharon, y yo, que tengo la costumbre de no tener jamás nada, estaba siempre listo y dispuesto. Yo quería deshacerme de Mad. de Chateaubriand, gran bonapartista, pero que no gusta de los cañonazos; mas ella no quiso separarse de mí.

Por la tarde hubo consejo con S. M., donde oímos de nuevo las relaciones de Monsieur y los *se dice* recogidos en casa del comandante de la plaza ó del baron de Eckstein. El carro de los diamantes de la corona estaba enganchado; yo no tenía necesidad de carro para llevar mi tesoro. Metí el pañuelo de seda negro que me dio por las noches á la cabeza en mi cartera de ministro de lo Interior, y me puse á disposición del príncipe con este documento importante de los negocios de la legitimidad. Yo era mas rico en mi primera emigración, cuando mi maletilla me servía de almohada y de baul á *Atala*; pero en 1815 era *Atala* una muchacha alta y desmadrada de trece á catorce años, que corría el mundo sola, y que, para honor de su padre, había hecho hablar mucho de sí.

El 19 de junio á la una de la mañana, una carta de Mr. Pozzo, transmitida al rey por estafeta, restableció la verdad de los hechos. Bonaparte no había entrado en Bruselas, y decididamente había perdido la batalla de Waterloo. Saliendo de París el 12 de junio, alcanzó á su ejército el 14, y el 15 forzó las líneas del enemigo sobre el Sambre. El 16 batió á los prusianos en esos campos de Fleurus, donde la victoria parece ser por siempre fiel á los franceses, é inmediatamente tomó las aldeas de Ligny y de Saint-Amand nuevo triunfo en los Quatre-Bras; el duque de Brunswick queda entre los muertos, y Blücher, en plena retirada, se repliega sobre una reserva de treinta mil hombres, mandados por el general Bulow: el duque de Wellington, con los ingleses y holandeses, se dirige á Bruselas.

El 18 por la mañana, antes de los primeros cañonazos, el duque de Wellington declaró que podría sostenerse hasta las tres: pero que á esta hora, si no parecían los prusianos, necesariamente tendría que ser derrotado, pues toda retirada le era imposible por su posición entre Planchenois y Bruselas; sorprendido por Napoleon, su posición militar era de testable, y la había aceptado por la necesidad, pero no escogido.

Los franceses tomaron desde luego, en el ala izquierda del enemigo, las alturas que dominan el

castillo de Hougomont hasta las quintas de la Haie-Sainte y de Papelotte; en el ala derecha atacaron la aldea de Mont Saint-Jean. La quinta de la Haie-Sainte es tomada en el centro por el príncipe Gerónimo; pero la reserva prusiana aparece hácia Saint-Lambert á las seis de la tarde, y un nuevo y furioso ataque se dirige contra la Haie-Sainte; Blücher llega con tropas frescas y aísla del resto de nuestras tropas ya rotas, los cuadros de la guardia imperial. Enredador de esta falange inmortal, el desbordamiento de los fugitivos todo lo arrastra entre torbellinos de polvo, entre el humo ardiente de la metralla, entre las tinieblas surcadas de cohetes á la congreve, en medio del ruido de trescientas piezas de artillería y del galope precipitado de veinte y cinco mil caballos; aquella era como el sumario de todas las batallas del imperio. Dos veces han gritado los franceses; *victoria!* Dos veces son sofocados sus gritos por la presión de las columnas enemigas. El fuego de nuestras líneas se apaga, los cartuchos se agotan, y algunos granaderos heridos, en medio de treinta mil muertos, de cien mil balas de cañón ensangrentadas á sus piés, quedan aun de pié apoyados en el fusil, rota la bayoneta, y el cañón sin carga. No lejos de ellos, el hombre de las batallas escuchaba el último cañonazo que debía oír en su vida. En estos campos de carnicería, su hermano Gerónimo combatía aun con sus batallones espirantes y anonadados por el número; pero su valor no pudo atraer la victoria.

El número de los muertos por parte de los aliados era estimado en diez y ocho mil hombres; doscientos oficiales ingleses habían perecido; casi todos los ayudantes de campo del duque de Wellington estaban muertos ó heridos, y no hubo en Inglaterra una familia que no vistiese de luto. Los ingleses debieron el triunfo á los irlandeses y á la brigada de montañeses escoceses que no pudieron romper las cargas de nuestra caballería. No habiendo avanzado el cuerpo del general Grouchy, no se encontró en la acción. Ambos ejércitos cruzaron el hierro y el fuego con una bravura y un encarnizamiento que animaba una enemistad nacional de diez siglos. Lord Castlereagh, dando cuenta de la batalla en la cámara de los Lores, decía: — «Los soldados ingleses y los franceses, despues del combate, lavaban sus manos ensangrentadas en un mismo riachuelo, y de una orilla á la otra se congratulaban mutuamente por su valor.» Wellington siempre había sido funesto á Bonaparte, ó mas bien el genio rival de la Francia, el genio inglés, obstruía el camino de la victoria. Hoy día los prusianos reclaman contra los ingleses el honor de este negocio decisivo; pero en la guerra no es la acción consumada lo que hace el triunfador, sino el nombre: no fue Bonaparte quien ganó la verdadera batalla de Jena.

Las faltas de los franceses fueron considerables, pues equivocaron los cuerpos enemigos con amigos, y ocuparon demasiado tarde la posición de los Quatre-Bras: el mariscal Grouchy, que estaba encargado de contener á los prusianos con sus treinta y seis mil hombres, los dejó pasar sin verlos, y de aquí los cargos que nuestros generales se han dirigido mutuamente. Bonaparte atacó de frente, según su costumbre, en vez de envolver á los ingleses, y se ocupó con la presión del maestro de cortar la retirada á un enemigo que no estaba vencido.

Muchas mentiras y algunas verdades bastante curiosas se han dicho sobre esta catástrofe. Las palabras *la guardia muere y no se rinde*, es una invención que ya nadie se atreve á defender. Parece cierto que al principio de la acción hizo Soult algunas observaciones estratégicas al emperador. — «Porque Wellington os ha batido, le respondió secamente Bonaparte, creéis siempre que es un gran general.» Al fin del combate Mr. de Turenne instó á Napoleon para que

se retirase á fin de no caer en manos del enemigo: Bonaparte se encolerizó al principio, pero de repente, y en medio de toda su cólera, salta sobre su caballo, y huye.

REGRESO DEL EMPERADOR.—REAPARICION DE LAFAYETTE.—NUEVA ABDICACION DE BONAPARTE.—SESIONES BORRASCOSAS EN LA CÁMARA DE LOS PARES.—SINTOMAS AMENAZADORES PARA LA SEGUNDA RESTAURACION.

El 19 de junio, cien cañonazos de los inválidos habian anunciado los triunfos de Ligny, de Charleroi, de Quatre-Bras: se celebraban victorias muertas la víspera en Waterloo. El primer correo que trasmitió á París la noticia de esta derrota, una de las mas grandes de la historia por sus resultados, fue Napoleón mismo; él entró en las barreras la noche del 21, como para hacer saber á sus amigos que aquel suceso no era mas que lo que realmente era. Fijóse en seguida en el Eliseo-Borbon; cuando llegó de la isla de Elba descendió en las Tullerías; estos dos asilos, legidos instintivamente, revelaban el cambio de su destino.

Vencido en el extranjero en un noble combate, Napoleón fue á sufrir á París los asaltos de los abogados que querian aprovecharse de sus desgracias; sintió entonces no haber disuelto la Cámara antes de su marcha al ejército, y cada vez se lamentaba mas de no haber mandado fusilar á Fouché y á Talleyrand. Pero lo cierto es que Bonaparte, despues de Waterloo, se abstuvo de toda violencia, sea que obedeciese á la calma habitual de su temperamento, sea que estuviese dominado por el destino; así no decia ya como en su primera abdicacion:—«Ya se verá lo que es la muerte de un grande hombre.» Esta frase ya no era oportuna. Antipático á la libertad, pensaba en disolver aquella cámara de Representantes que presidia Lanjuinais, de ciudadano convertido en senador, de senador convertido en par, despues vuelto á ciudadano, y de ciudadano otra vez vuelto á par. El general Lafayette, diputado, leyó en la tribuna una proposicion que declaraba la Cámara en permanencia, crimen de alta traicion toda tentativa para disolverla, traidor á la patria y juzgado como tal cualquiera que se declarase culpable (21 de junio de 1815).

El discurso del general empezaba por estas palabras:

«Señores, cuando por la primera vez despues de tantos años levanto una voz que los antiguos amigos de la libertad conocen todavía, me siento obligado á hablaros del peligro de la patria... Hé aquí el momento de agruparnos enrededor de la bandera tricolor, de la bandera de 89, la de la libertad, la de la igualdad, la del orden público.»

El anacronismo de este discurso produjo el efecto de una ilusion; parecia ver á la revolucion, personificada en Lafayette, salir de su tumba y presentarse pálida y descarnada en la tribuna.

Pero estas mociones de orden, reminiscencias de Mirabeau, no eran sino armas ya enmohecidas sacadas de un viejo arsenal. Si Lafayette reunia noblemente el fin y el principio de su vida, no estaba seguramente en su poder soldar los dos eslabones de la cadena rota del tiempo. Benjamin Constant se dirigió á ver al emperador al Eliseo-Borbon, y le encontró en su jardin. La muchedumbre llenaba las avenidas de Marigny, y gritaba *viva el emperador!* grito palpitante salido de las entrañas populares, y que se dirigia á un vencido. Bonaparte dijo á Benjamin Constant:—«¿Qué me deben esos hombres? Nada. Yo los encontré pobres, y pobres los dejo.» Esta hubiera sido quizá la única palabra que le habria salido del corazon, si todavía la emocion del diputado no hu-

biera engañado su oído. Bonaparte, previendo el suceso, se adelantó á la indicacion que se preparaban á hacerle, y abdicó para no verse obligado á abdicar. «Mi vida política ha terminado, dijo; declaro á mi hijo, bajo el nombre de Napoleón II, emperador de los franceses.» Inútil disposicion, semejante á la de Carlos X en favor de Enrique V. No se dan coronas sino cuando se poseen, y los hombres anulan el testamento de la adversidad. Por otra parte, el emperador no era mas sincero al descender del trono la segunda vez que lo habia sido en su primera retirada. Así, cuando los comisarios franceses fueron á anunciar al duque de Wellington que Napoleón habia abdicado, les respondió:—«Ya lo sabia hace un año.»

La cámara de Representantes, despues de algunos debates en que Manuel tomó la palabra, aceptó la nueva abdicacion de su soberano, pero vagamente y sin nombrar regencia.

Creóse una comision ejecutiva; el duque de Otranto la presidia: tres ministros, un consejero de Estado y un general del emperador la componian, y despojaban de nuevo á su señor; estos eran Fouché, Caulaincourt, Carnot, Quinette y Grenier.

Durante estas transacciones, Bonaparte concentró sus ideas en su cabeza.—«Yo no tengo ya ejército, decia; no tengo mas que fugitivos. La mayoría de la cámara de los Diputados es buena; yo no tengo contra mí mas que á Lafayette, Lanjuinais y algunos otros. Si la nacion se levanta, el enemigo será vencido; si en vez de un levantamiento hay discordia, todo está perdido. La nacion no ha enviado á los diputados para derribarme, sino para sostenerme. Yo no los temo, hagan lo que quieran; yo seré siempre el ídolo del pueblo y del ejército; si yo pronunciase una palabra, todos acudirian á mi voz. Pero si nos querellamos en vez de entendernos, reproduciremos la suerte del bajo imperio.»

Una diputacion de la cámara de Representantes vino á felicitarle por su nueva abdicacion, y respondió:—«Os doy las gracias; yo deseo que mi abdicacion pueda hacer la felicidad de la Francia, pero no lo espero.»

Arrepintiósse al punto de su resolucion cuando supo que la cámara de Representantes habia nombrado una comision de gobierno, compuesta de cinco miembros. Entonces dijo á sus ministros:—«Yo no he abdicado en favor de un nuevo directorio; he abdicado en favor de mi hijo; si no se le proclama, mi abdicacion es nula y de ningun valor. No es por cierto presentándose ante los aliados con las orejas bajas y la rodilla en tierra como las Cámaras los obligarán á reconocer la independencia nacional.»

Quejábbase de que Lafayette, Sebastiani, Pontecoulant y Benjamin Constant habian conspirado contra él, y que por otro lado las Cámaras no habian tenido energia. Añadia que él solo podia repararlo todo, pero que sus enemigos no lo consentirian jamás, pues preferian hundirse en el abismo que unirse á él para cerrarlo.

El 27 de junio, en Malmaison, escribia esta carta sublime: «Al abdicar el poder, yo no he renunciado al derecho mas noble del ciudadano; al derecho de defender á mi pais. En estas graves circunstancias, yo ofrezco mis servicios como general, considerándome todavía como el primer soldado de la patria.»

El duque de Basano le manifestó que la Cámara no estaba en su favor.—«Entonces, bien lo veo, es preciso todavía ceder. Ese infame Fouché os ha engañado; solo Caulaincourt y Carnot valen alguna cosa; pero ¿qué pueden hacer con un traidor como Fouché dos hombres nulos como Quinette y Grenier, y dos cámaras que no saben lo que quieren! Lo creéis todo, como los imbéciles, creéis las bellas promesas de los extranjeros, y os engañais.»

Los plenipotenciarios fueron enviados á los aliados. Napoleón se halló el 29 de junio con dos fragatas estacionadas en Rochefort, para transportarle fuera de Francia; entre tanto se habia retirado á Malmaison. Las discusiones eran muy animadas en la cámara de los Pares. Antiguo enemigo de Bonaparte, Carnot, que firmaba las órdenes de los asesinatos de Avignon sin haber tenido tiempo de leerlas, tuvo el suficiente durante los Cien-Dias para inmolar su republicanismismo al título de conde. El 22 de junio habia leído en Luxemburgo una carta del ministro de la Guerra, conteniendo su informe exagerado sobre los recursos militares de la Francia. Ney, recientemente llegado, no pudo oír este informe sin cólera. Napoleón en sus boletines habia hablado del mariscal con un desprecio mal disimulado, y Gourgaud acusó á Ney de haber sido la causa de la pérdida de la batalla de Waterloo. Ney se levantó y dijo:—«Ese informe es falso, falso de todo punto. Grouchy no ha podido tener bajo sus órdenes mas que veinte ó veinte y cinco mil hombres todo lo mas. Ni un solo soldado de la guardia ha huido. Yo la mandaba; yo la he visto morir toda entera, antes que abandonar el campo de batalla. El enemigo está en Nivelles con ochenta mil hombres; puede estar en París dentro de seis dias; no tenéis otro medio de salvar la patria que abrir negociaciones.»

El ayudante de campo Hahaut quiso sostener la relacion del ministro de la Guerra; pero Ney replicó con mayor vehemencia:—«Lo repito, no tenéis otro medio de salvacion que las negociaciones. Es preciso que volvais á llamar á los Borbones. Por lo que á mí hace, me retiraré á los Estados Unidos.»

Al acabar de pronunciar estas palabras, Lavalette y Carnot dirigieron al mariscal vivas y fuertes reconvencciones, á las que Ney respondió con desden:—«Yo no soy de esos hombres que no miran mas que su interés. ¿Qué ganaré yo con la vuelta de Luis XVIII? Ser fusilado por el crimen de deseracion. Pero debo la verdad á mi pais.»

En la sesion de la cámara de los Pares del 23, recordando esta escena el general Drouot, dijo:—«He oido con pesar lo que se dijo ayer para disminuir la gloria de nuestras armas, exagerar nuestros desastres y disminuir nuestros recursos. Mi admiracion ha sido tanto mayor, cuanto que estos discursos eran pronunciados por un general distinguido (Ney), quien por su gran valor y sus conocimientos militares ha merecido tantas veces el reconocimiento de la nacion.»

En la sesion del 22 estalló una nueva tempestad á consecuencia de la primera. Tratábase de la abdicacion de Bonaparte, y Luciano insistia en que se reconociese á su sobrino por emperador. Mr. de Pontecoulant interrumpió al orador, y preguntó con qué derecho Luciano, extranjero y príncipe romano, se permitia dar un soberano á la Francia.—«¿Cómo es posible, añadió, reconocer por emperador á un niño que reside en pais extranjero?»

A esta pregunta, La Bedoyere, agitándose delante de su asiento, respondió:—«Yo he oido voces alrededor del trono del soberano feliz, pero ellas se alejan hoy que está en desgracia. Hay geutes que no quieren reconocer á Napoleón II, porque prefieren recibir la ley de los extranjeros, á quienes dan el nombre de aliados.»

«La abdicacion de Napoleón es inseparable del reconocimiento de su hijo. Si no se quiere reconocer á este, aquel debe empuñar de nuevo la espada rodeado de los franceses que han derramado su sangre por él, y que están aun cubiertos de heridas.»

«Napoleón será abandonado por los viles generales que ya otra vez le han hecho traicion. Pero si se declara que todo francés que deserte de sus banderas quedará cubierto de infamia, que será arrasada su

casa y proscripta su familia, entonces se acabarán las traiciones, los manejos que han ocasionado las últimas catástrofes, algunos de cuyos autores se sientan quizá entre nosotros.»

Al oír esto, los pares se levantaron con el mayor tumulto, y ofendidos gritaron:—«¡Al orden! al orden! —¡Jóven, os olvidais del sitio en que estais! exclamó Massena.—¿Creéis estar aun en el cuerpo de guardia? decia Lameth.»

Todos los presagios de la segunda restauracion fueron siniestros y amenazadores. Bonaparte habia vuelto á la cabeza de cuatrocientos franceses; Luis XVIII volvia detrás de cuatrocientos mil extranjeros. Aquel pasó cerca del mar de sangre de Waterloo para dirigirse á su sepultura de Saint-Denis.

Mientras que se adelantaba así la legitimidad, resonaban las interpelaciones de la cámara de los Pares, y habia en ellas algo de las terribles escenas revolucionarias de los tremendos dias de nuestras desgracias, cuando el puñal circulaba en el tribunal entre las manos de las víctimas. Algunos militares, cuya funesta fascinacion habia causado la ruina de la Francia, procurando la segunda invasion del extranjero, debatian aun sus querellas en los umbrales del palacio, y su desesperacion profética, sus ademanes, sus palabras sepulcrales parecian anunciar una triple muerte: muerte para ellos mismos; muerte para el hombre que habian bendecido; muerte para la raza que habian proscripto.

PARTIDA DE GANTE.—LLEGADA Á MONS.—PIERDO LA PRIMERA OCASION DE HACER FORTUNA EN MI CARRERA POLÍTICA.—MR. DE TALLEYRAND EN MONS.—ESCENA CON EL REY.—MI NECIO INTERÉS POR MR. DE TALLEYRAND.

Mientras que Bonaparte se retiraba á Malmaison con el imperio finado, nosotros partiamos de Gante con la monarquía renaciente. Pozzo, que conocia bien cuán poca importancia se daba á la legitimidad en altos lugares, se apresuró á escribir á Luis XVIII que emprendiese su marcha y llegase pronto, si queria reinar, antes de que estuviese ocupado su puesto. A este aviso debió Luis XVIII su corona en 1815.

En Mons perdí la primera ocasion de hacer fortuna en mi carrera política. Yo era mi mayor obstáculo para ella, y tropezaba siempre en mi camino conmigo mismo. Esta vez mis *qualidades* me jugaron la mala pasada que podrian haberme jugado mis defectos.

Mr. de Talleyrand, lleno de orgullo por una negociacion que le habia enriquecido, pretendia haber hecho á la legitimidad los mayores servicios, y queria dominar la situacion. Ya habia extrañado que no se hubiese seguido para la vuelta á París el camino que él habia trazado, y su descontento fue mucho mayor al volver á hallar á Mr. de Blacas con el rey. Talleyrand consideraba á Mr. de Blacas como el azote de la monarquía; pero no era este el verdadero motivo de su aversion, sino que veia en él al favorito, y por consiguiente un rival: temia tambien á *Monsieur*, y se habia indignado cuando quince dias antes este le habia hecho ofrecer su palacio sobre la Lys. Pedir el alojamiento de Mr. de Blacas era muy natural; exigirlo, era acordarse demasiado de Bonaparte.

Mr. de Talleyrand entró en Mons cerca de las seis de la tarde, acompañado del abate Louis. Mr. de Rice, Mr. de Jaucourt y algunos otros comensales volaron á su encuentro. Demostrando un mal humor que jamás se le habia observado, el mal humor de un rey que juzga desconocida su autoridad, rehusó al principio ir á casa de Luis XVIII, respondiendo á los que le instaban para ello con su frase de ostentacion:—«Jamás tengo prisa; tiempo habrá mañana.» Yo fui á verle, y me hizo todas aquellas caricias con que se-